



CAPITULO IV

ESQUINA á la plaza y á una de las calles que desembocaban en ella, había una casa más pequeña que cuantas la seguían en la fila. Debajo del balcón del único piso que tenía, y sobre la puerta principal, se leía, en un largo tablero coronado con las armas de España, lo siguiente:

ESTANCO NACIONAL

ESTABLECIMIENTO DE SAN QUINTÍN

LÍQUIDOS Y OTROS COMESTIBLES

Penetrando por aquella puerta, se veía la razón del letrero en un mostrador sobrecargado de cacharros menudos; en una gran aceitera con canilla, y algunas botellas blancas, llenas de aguardiente de otras tantas denominaciones; en una estantería espaciosa, ocupada con paquetes de cigarros y de cajas de cerillas, libri-

tos de fumar, grandes pedazos de bacalao, tortas de pan, madejas de hilo, garbanzos y otros artículos, tan varios en su naturaleza como reducidos en cantidad; en algunas mesas simétricamente colocadas fuera del mostrador; en tal cual barrica ó hinchado pellejo que se vislumbraban entre la obscuridad del fondo... y en otros mil detalles propios de semejantes establecimientos, los cuales conoce el discreto lector tan bien como yo.

Detrás del mostrador estaba sentada, haciendo media, nuestra antigua conocida Juana, la mujer de Simón Cerojo. Como éste, había engordado y echado mejor pellejo, y dado á su vestido cierto corte presuntuoso. Pero, al revés que en su marido, su entrecejo se había ido frunciendo, y todo su semblante agriando, á medida que la suerte fué favoreciéndolos. Porque la suerte los había favorecido. Para convencerse de ello, bastaba echar una mirada á su establecimiento, en una sola de cuyas secciones había más capital empleado que el que representaba toda la antigua abacería... y permítaseme una corta digresión á este propósito.

Merced al estanco que obtuvo Simón sin dificultad, á los ahorros que trajo de la aldea y al crédito, aunque muy limitado, que no tardó en abrírsele en algunos depósitos al por mayor, en el primer año de establecido en la villa du-

plicó su capital. En el segundo se dedicó, por extraordinario, á hacer ligeros préstamos, bien garantidos, á un interés variable, según las personas y las circunstancias: entre una peseta por duro á la semana, si el menesteroso era jugador de afición bien puesta, y treinta por ciento al año, si era *artista* establecido convenientemente. Esta nueva industria le permitió ensanchar un tanto sus negocios principales; con tan buena mano, que al concluir los dos años de su estancia en la villa, se encontró con un capitalito de más de seis mil duros, libre y desempeñado. Entonces se hizo *caldista* de veras; es decir, no se anduvo con parvidades de aceite, vino y aguardiente, sino que surtió de estos artículos su establecimiento, por mayor; lo cual le permitió hacer préstamos más en grande, más á menudo y en condiciones de mayor atractivo.—Resultado de éstas y otras combinaciones: que el día en que nos hallamos con Simón en las Casas consistoriales, y con Juana en su establecimiento, eran dueños de la casa que éste ocupaba, de lo que la tienda contenía, y de un respetable sobrante en continuo movimiento; todo lo cual representaba un valor de muchos miles de duros.

Por este lado, pues, los asuntos de Simón y de Juana habían marchado viento en popa. No así los demás; es decir, aquéllos que se rela-

cionaban íntimamente con la vanidad de Juana, y las no más cortas, aunque más disimuladas aspiraciones de Simón.

Todos los esfuerzos de la primera, todas sus meditaciones, todos sus desvelos y todas sus consultas al espejo antes de darse á luz en los sitios más públicos de la villa, hecha un brazo de mar y cargada de relumbrones, no lograron colocarla en jerarquía más alta que la correspondiente al nombre de *la tabernera*, con el cual se la designó desde el primer día en que se hizo notar por sus humos estrafalarios. Aunque poco avisada, no desconoció que este descalabro la alejaba para siempre, en aquel centro, de la altura á que había querido trepar de un salto. El primer efecto de una presentación, jamás se olvida en la sociedad, máxime cuando ésta es reducida y presuntuosa.

Bien penetrada de esta verdad, Juana la sintió en su alma, como un toro siente en el morrillo el primer par de banderillas; hízose más áspera y brutal que de costumbre, y se prometió arrollar cuanto hallara por delante, creyendo demostrar así, mejor que con dulzura y sencillez, que era tan digna como la más encopetada de ocupar el puesto que no se le concedía.

Con esto consiguió adquirir en la villa cierta celebridad que acabó de exasperarla. Un so-

lo ejemplo dará la medida de la altura á que había llegado la insensatez de Juana. Menudeaban allí los bailes y las *recepciones* entonadas, á maravilla; y, naturalmente, nadie se acordaba de invitar á *la tabernera*. Pues estas *desatenciones* sacaban de quicio á Juana.—Yo bien conozco, decía, que no estoy *todavía* al corriente de esas ceremonias, y me guardaría mucho de concurrir á ellas; pero la voluntad es lo que se agradece. ¿Por qué no se tiene para mí un mal recado de atención, por lo mismo que soy forastera? ¿Se les caería la venera á algunas de esas fachendosas por acordarse de mí, que soy más rica que muchas de ellas? ¿Pues no parece sino que todas son marquesas! ¿Y el marido de la una vende paño de Munilla y sogas de esparto, y el de la otra *pecajuana* y *engüento* de soldado, y me debe á mí hasta la sal con que sazona lo poco que come!... Pues vinos y jabón vende mi marido. ¿Qué más da lo uno que lo otro?

Saturada también de estas máximas su hija, apenas comenzó á concurrir al entonado colegio en que quiso darle educación su madre, hubo que retirarla de él. Era ya la niña medio montuna por naturaleza, y con las predicaciones de Juana llegó á hacerse indomesticable.

En los cuchicheos, en las sonrisas, hasta en los juegos más inocentes de sus compañeras,

veía burlas y desprecios; y en esta creencia, las ponía á todas como ropa de pascua; se pegaba con algunas, y concluía por volver á su casa, todos los días, llorando soñados agravios hasta de sus maestras. De este modo la niña se hizo tan antipática á sus condiscípulas, como su madre á cuantos se la aproximaban. Por eso la retiraron del colegio y la enviaron á la escuela pública, donde, según el parecer de Juana, no la enseñaban tanto, pero se la miraba «con el respeto debido.»

Más de tres años de martirio llevaba la mujer de Simón al encontrarnos con ella de nuevo, no porque se fijase en que en la villa se hacía con ella lo que ella había hecho con los demás en la aldea; ni porque suspirara por volver á recuperar su pequeño trono abandonado; no, en fin, porque le atormentasen la memoria los atinados consejos del anciano señor cura, sino porque deseaba un campo más ancho en qué explayarse; otro mundo más revuelto en qué campar por lo que se era y no por lo que se había sido. Y un día y otro día predicaba á su marido la conveniencia de establecerse *en grande* en la capital de la provincia, donde, según ella, ni los ricos eran vanos ni los pobres envidiosos.

Oíala Simón sin soltar prenda, y aun haciendo como que no la oía; pero la verdad es que

en el fondo de su corazón detestaba de la villa tanto como su mujer.

Simón no podía perdonar á aquella gente el que se le tratase como á persona de poco más ó menos, «en los momentos más críticos para la vida de los pueblos, y, por consiguiente, para la de los ciudadanos,» como él decía en más de un monólogo que no llegó á oír su mujer. Se pagaba muy poco de que no se acordasen de él para invitarle á un baile particular, ó á una tertulia de más ó menos tono; pero que nunca hubiera para su nombre un hueco en las candidaturas de concejales; que no se le agregase jamás á una comisión de respeto que había de representar ciertos intereses del pueblo en el gobierno de la provincia, ó en Madrid, ó ante el municipio mismo de la villa; que no se buscase, ni aun se tolerase de buena gana, su opinión en tal cual corrillo formado en la plaza por personas de importancia, en que no entraba él sino á fuerza de brazo, como quien dice, ó poco menos; que se le tuviera, en fin, por un tabernerillo de tres al cuarto, cosa era que le hacía perder su serenidad habitual, y le ponía á pique de echarlo todo á trece, aunque no lo vendiera, y largarse á otro terreno menos ocasionado á esas «miserias de aldea.» Pero Simón, que no era tan insensato como su mujer, guardaba es-

tos sentimientos en el fondo del pecho, y, entre tanto, iba ocupándose en adquirir alas con qué volar.—Por eso se le veía atender con tanta asiduidad á su taberna y á su estanco... y á sus préstamos garantidos. Odiando tanto como Juana aquella sociedad inaguantable, sólo trataba de redondearse lo preciso para darle un adiós de despedida y caer en medio de otra mejor; pero de tal modo, que no lastimasen en lo más mínimo su importancia de actualidad las reliquias del pasado. Estaba convencido de que, sin una precaución por el estilo, en todas partes serían él y su mujer los taberneros de marras, por grandes que fueran sus caudales. Se ve, pues, que, en el fondo de la cuestión, estaban perfectamente de acuerdo Juana y su marido.

Y dejando esto bien consignado, porque importa, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.



CAPITULO V

A sí que la niña descalabrada en la alameda notó la presencia del perro entre sus implacables ofensoras, por los ladridos del uno y por los gritos de las otras, contuvo su llanto, y con íntima complacencia, se volvió para presenciar los destrozos que el enfurecido animal parecía estar haciendo en las ropas y pellejo de aquellas mal aconsejadas criaturas. Fuera aquél el perro del alcalde ó dejara de serlo, era lo cierto que á todas las trataba por igual, y que de todas la estaba vengando á ella cumplidamente... Pero ¿no era posible que después de concluir con las seis desventuradas niñas la emprendiese con la séptima, por lo mismo que á nadie conocía ni en remilgos se paraba?

Esta consideración tan cuerda, que asaltó de pronto la mente de la pobre chica, hízola retroceder; y menudeando los pasos cuanto

pudo, y tornando á recordar su herida y á llorar, por ende, llegó á la villa y no paró de correr hasta el estanco que conocemos, en el cual entró momentos después que nosotros, y al mismo tiempo que llegaba también, aunque por distinto sendero, Simón Cerojo, demudado el semblante y apretando los puños de ira. Tanta, que ni siquiera reparó en la niña que, por haberse limpiado las lágrimas con las manos después de oprimirse con ellas la cabeza, tenía la cara manchada de sangre. Pero Juana sí; y al punto arrojó la obra en que se ocupaba; saltó por encima del mostrador sobrecogida de espanto, y tomando á la niña en sus brazos,

—¡Hija mía!—gritó.—¿Qué sangre es esa?

Entonces se fijó Simón en la niña; y olvidando por un momento sus disgustos, corrió también hacia ella.

—¿Te has caído?—la preguntó con cariñoso anhelo.—¿Te han pegado? ¿Por qué sangras?... ¡Habla, hija mía, por Dios!...

La niña, después de sollozar un rato, refirió, punto por punto, cuanto la había ocurrido.

—¡Conque la hija del juez, y la del indiano, y la del alcalde—exclamó Simón en seguida, con rencoroso acento,—son las que más te han injuriado, porque tenían á menos jugar contigo!... ¡Las hijas de esos personajes

que me adulan y me soban cuando necesitan un par de duros para comer aquel día, ó media docena de onzas para apuntarlas á una carta, ó pagar una trampa que podría ponerlos en vergüenza... si alguna les queda!... ¡Pero yo les juro que, por poca que ella sea, he de sacársela á la cara... y á algunos más también!

Juana, maldiciendo á su vez de todos y de todo, comenzó á lavar con agua fresca la herida de su hija, que, por cierto, era insignificante.

Y, tranquilo ya sobre este punto, Simón refirió á su mujer cuanto había ocurrido en la junta que acababa de celebrarse en la casa de Ayuntamiento, recargando un poquillo los colores á fin de que resultasen más justificado su enojo, y de más efecto sus *discursos*, que repitió al pie de la letra.

—¿Y qué piensas hacer después de tanto desengaño como vas sufriendo, y de tanto disgusto como vamos llevando de estos niquitrefes de levita?—preguntó Juana, que no desperdiciaba ocasión de hablar de su pleito.

—¿Qué pienso hacer?—dijo Simón con su poquito de rescoldo.—Lo que estoy pensando tres años hace, desde que conocí que en esta recua siempre había de tocarme ir á la cola; lo que hubiera hecho entonces á tener el remedio

entre las manos, como le tengo hoy: sacar á más de cuatro fachendosos á la vergüenza pública, y largarme en seguida con la música á otra parte.

Juana vió el cielo abierto.

—¡Lo mismo que yo te he dicho tantas veces!—exclamó, retozándole la alegría en el semblante.—¿Qué necesidad tenemos nosotros de sufrir lo que aquí estamos sufriendo? Con lo que ya conocemos este trato, ¿cuánto no podríamos ganar estableciéndole en la ciudad?

—¡No, Juana, no!... ¡Basta de taberna! Si con ella entráramos en la ciudad, *taberneros* seríamos hasta el fin de los siglos. Y si con ser taberneros, aunque ricos, nos conformáramos, yo no saldría de esta villa, donde he ganado en cuatro años una riqueza, y podría ganarla mayor en poco más. Pero hay una *noble ambición* que manda en tí y en mí con mayor fuerza que los tres ochavos de una buena ganancia; y esa ambición está reñida con las manos manchadas de vino tinto y con las ropas que huelen á anisado. Así, pues, ya que las alas me lo permiten, saldremos de aquí *volando por alto*, para que en la ciudad se vea *cómo caemos*, pero no *dónde venimos*. Este es el modo; que, según yo llevo observado, desde *nada á bastante* están os ascos y los reparos; desde *bastante* para arriba, ya todos somos iguales, y todo nos está bien...

Nosotros tenemos *lo bastante*: ¿quién será capaz de probar que no tenemos hasta *de sobra*?—No sé lo que diría á esto el cura de mi pueblo; pero llevo corrido ya mucho mundo y tratados muchos hombres, y á mi experiencia me agarro.

Lo que Simón ignoraba con respecto al señor cura, lo sabemos nosotros. Cuando alguno de sus feligreses le decía:

—¿Sabe usted, don Justo, que Simón se va saliendo con la suya?... ¿que ya es hombre rico?

—No lo dudo—contestaba el santo varón.—Pero ¿le dan más importancia?... ¿es más feliz que aquí? Este es el problema.





CAPITULO VI

PARA volver á encontrar al protagonista de esta verídica historia, no nos bastaría ya la luz del candil de su taberna. Tal se ha borrado la huella de sus pasos en los quince años que van corridos (y perdonen ustedes el modo de señalar) desde que le oímos hablar lo que fielmente consta al final del capítulo anterior.

Pero es el caso que tenemos que hallarle; y como podría llevar muy á mal que lo intentáramos indagando aquí y allá por los pelos y señales de su vida pasada, lo cual, por otra parte, no nos conduciría al fin que nos proponemos, ya que, por especial privilegio que gozo, me es posible dar con él á la primera tentativa, véngase el lector conmigo para acabar más pronto y evitar un mal rato á nuestro personaje.

Estamos en la ciudad, en una de sus calles principales y frente á un portal no muy limpio, pero sí muy espacioso; subimos el primer tramo de la ancha escalera que de él arranca; atravesamos, sin detenernos, la puerta del entresuelo, en la cual se lee, sobre bruñida chapa metálica, el siguiente letrero: SIMÓN C. DE LOS PEÑASCALES; prescindimos de cuanto se halla á nuestro paso al entrar en un salón largo y estrecho; cruzámosle en toda su extensión, y nos detenemos á la puerta de un gabinete. Allí hay un alto escritorio de caoba, sobrecargado de libros y papeles; algunas banquetas de gutapercha, dos mapas, un barómetro, un aguamanil y pocas cosas más por el estilo. Adjunta al escritorio hay una butaca; y embutido en ella, un hombre como de cincuenta años de edad, frescote, de cara ancha y risueña, con recortadas patillas grises; gorro de terciopelo azul, lujosa bata, blanca pechera y leve corbata de raso negro sobre holgadas y relucientes tirillas. Ese hombre, lector amigo, abortó á la sazón en el examen de algunos papeles llenos de números de varios colores, es, para tí y para mí... (pero ¡cuidado con que se lo cuentes á nadie!) Simón Cerojo; para la sociedad en que vive, *el señor don Simón de los Peñascales*, y para la plaza mercantil en que figura en primera línea, SIMÓN C. DE LOS PE-

ÑASCALES. Aquella carpeta y aquel gabinete, son *su despacho*; y esas personas que trabajan silenciosas en modestos atriles en el salón en que estamos, los dependientes de su casa.

Pero aún hay más. Cuando don Simón suspende, dos veces al día, sus tareas, sube al primer piso; y atravesando alfombradas estancias, alfombradas, así como suena, entra en un gabinete lujosamente amueblado también, y allí se cambia la bata por un elegante traje de calle; se quita el gorro de la cabeza, en la cual ocasión puede vérsela coronada por una calva nada aristocrática por cierto, y se pone el grave, reluciente sombrero de copa. Antes de salir á la calle pasa á otro gabinete frontero al suyo, con la aparatosa sala por medio; y allí encuentra, ordinariamente solas, y rara vez con *visitas*, á una señora tan gruesa como él, dura de semblante, y rica aunque charramente vestida, y á una joven como de veintidós años, ancha de hombros y caderas; bien destacada de pecho; de ojos y cabellos negros como el azabache; de blancos dientes y moreno cutis; bien proporcionada y airosa de talle, y vestida con todo el rigor de la moda... una buena moza en toda la extensión de la palabra. Estas dos señoras son la esposa y la hija, respectivamente, de don Simón; dícelas éste «adiós» desde la puerta, si están solas,

ó saluda cumplidamente á las personas que las acompañan, y sale en busca de sus amigos para dar el acostumbrado paseo.—Si no se trata de salir á la calle, sino simplemente de almorzar ó de comer, usa el mismo ceremonial; pero sin quitarse la bata ni el gorro; y cuando una doncella avisa que está la sopa sobre la mesa, pasa la familia al elegante comedor, y allí se hace servir una bien sazónada comida; después de la cual, *echa* don Simón una hora de siesta sobre la cama; *descabeza* el sueño su señora en una butaca, y medita, ó lee, ó mira por los cristales á la calle la repolluda muchacha.

Y en este *tono* todo lo demás inherente á la vida doméstica y social de esta *respetabilísima* familia.

.....
Amigo lector, me cargan las digresiones; pero hay casos en que no puede prescindirse de ellas, y éste es uno de esos casos. Tú serías el primero en negar la verosimilitud de esta última transformación del *abacero* de marras; y yo quiero que no se dude de la realidad de mis personajes, sobre todo, cuando escribo historia pura. Conque ármate de paciencia, y escucha, que yo procuraré ser breve y hasta entretenido.



CAPITULO VII

FIRME en sus manifestados propósitos de abandonar la villa tan pronto como le fuera posible, Simón Cerojo, desde el día en que le oímos hablar de ello con su mujer, se consagró exclusivamente á realizar, pero con mucho pulso, sus existencias y créditos; indispensable tarea que le ocupó algunos meses.

Cuando tuvo su caudal entero en el bolsillo, como quien dice, y después de haber sacado á la vergüenza pública á algunos de sus deudores que más le habían atormentado el amor propio; después, repito, de haber puesto en evidencia ante la villa entera los apuros de unos y las perpetuas trampas de otros, dejando, de este modo, encendida una guerra civil entre muchas de aquellas encopetadas familias, tomó de su caudal una pequeña parte, y se dijo:—Esto (el caudal) *para las alas*, y esto